

Cambaral

Ricardo Pérez García



Editorial Letra r



MAR CANTÁBRICO

Playa de Tourán

Punta de Argumoso

Punta Mujeres

Salinas de Luarca

Punta Focicón

Las Arreas

Atalaya

Playa de Portizuelo

LUARCA

Río Negro



Punta Focicón

MAR CANTÁBRICO

Atalaya

Las Arreas

Puerto de
Luarca

Hacia las
salinas

Barrio de la
Pescadería

Actual
Puente del Beso

Hacia Cudillero

Río Negro

Primera edición: Febrero 2021

Depósito legal: AS 02386-2020

ISBN: 978-84-123111-0-5

© Ricardo Pérez García

© Maquetación y diseño: Editorial Letra r

© Fotografía de cubierta: Pexels

© Fotografía de autor: Paula Muñiz

© Resto de fotografías: Editorial Letra r

Editorial Letra r

www.lettrareditorial.es

info@lettrareditorial.es

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Letra r apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Editorial Letra r no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

*A Mabel y Quique,
por lo que tenemos de hermanos*

Hay un tajo en la roca viva,
que el mar abrió tal vez con sus enojos,
un lindo pueblo de hermosura esquiva
que nunca entero muéstrase a los ojos.

Lo parte en dos por gala y bizarría
un río con sus aguas transparentes
que fluyen sin cesar con armonía
bajos los arcos de sus siete puentes.(...)

CASIMIRO CIENFUEGOS RICO

Todo ha ocurrido ya hace mucho tiempo, y cada cosa,
cada paisaje,
nosotros,
nuestros gestos y nuestras palabras
no son más que un espejismo de aquel momento solo
que transportan, a través del espacio, sucesivamente,
distintas ondas de luz.

ROMÁN SUÁREZ BLANCO

Nota del autor

Si bien no soy el primero en decirlo, cuando los luarqueses hablamos de Luarca se nos llena la boca y podemos pasarnos horas hablando del lugar que nos vio nacer. Aquí no he pretendido nada más que eso. Si bien hay capítulos que transcurren en distintas zonas de la península ibérica, en todo momento he intentado que Luarca fuese un personaje más del relato. Hay varios episodios históricos reales que he respetado al máximo, aunque lo único que he pretendido a lo largo de la novela ha sido que fuese el pirata quien guiase la historia.

Es, en realidad, una historia que nace con cada valdesano y en cada valdesano se desarrolla, de modo que hay tantos *Cambrales* como vecinos. Aquí he plasmado el mío. Muchos dirán que nada tiene que ver con el que ellos han desarrollado en su imaginario. Quizás la mayor osadía de todas ha sido incluir al protagonista en una etapa muy concreta de la Historia. Sé que podrán perdonarme.

1. LUARCA

Aquella mirada vieja buscaba la de mi mujer, que se recuperaba del trance asida a la mano de algo parecido a una comadrona. Parió en casa, con mi presencia torpe e inútil dando vueltas en el hueco y la vecina mirándome con esa vaguedad que da la experiencia en ese menester tan natural como desconocido. Aun en cuclillas, Isabel intentó asir al niño pringoso con la mano libre, suponiendo que si se liberaba de la mano de su vecina perdería el equilibrio. El abrazo en torno a una de las piernas de su madre no evitó que se mirasen largo rato, reconociéndose, el niño preguntándose dónde estaba, la madre pidiendo comprensión por la miseria. Ya comenzaba a escasear la claridad de la tarde. El viento estaba vivo. De hecho, dejó de ser apátrida aquella misma tarde. Golpeaba el pueblo sin miramientos. Aun con aquel vendaval, decir que el sol se escondía frente a la Atalaya sería simplificar demasiado el espectáculo. Tenemos la suerte de vivir en una casita de la parte baja de la ladera y contemplo el escondite casi a diario, siempre que las nubes traídas por el Mar Cantábrico lo permiten. Aun disfrutando de ello de forma habitual, no pierdo la oportunidad de abrir la puerta de mi casa y dejar que los últimos rayos de sol se cuelen en el hueco, como si fuesen a hacernos compañía durante la noche. En muchas oca-

siones, mientras mi esposa y yo nos acurrucamos en el lecho en busca de calor, imaginamos lo que sería ver el escondite desde lo alto, en la cama engalanada de la casa de la Atalaya y el sueño nos vence mientras bromeamos diciendo que daríamos cualquier cosa por acomodarnos al lado de Don Teudo y esposa para disfrutar juntos del espectáculo. Aquella tarde del alumbramiento, el sol se colaba tímido, tanto por miedo a interrumpir el nacimiento como por vergüenza y reparo de caballero por mostrarle a mi mujer mi cara desencajada en medio de la penumbra. Aun así, abrí la puerta, como si mi esposa no estuviese recuperándose del momento. Sentí las miradas de ambas mujeres posarse en mi espalda, juzgándome por la imprudencia de mostrar a mi mujer, no ya en aquella postura, sino en aquel momento necesariamente ajeno a miradas indiscretas.

El hueco al que llamamos hogar nada tiene que ver con la casa del alto. Nuestro espacio se resume en un colchón de paja húmeda, un lar donde la mejor de las veces se cuece pescado y una puerta que se abre a otro hueco excavado en la roca. Lo mejor de todo es la otra puerta —aquella a través de la cual nos asomamos al mar que lo envuelve todo— dado que, a través de ella, podemos tanto salir cuando la humedad o la inquietud se hacen insoportables, como entrar en busca de un poco de calor que nos proteja de la humedad reinante. Las mejores puertas son aquellas por las que accedes a lo que anhelas. Y, en nuestro caso, eso se cumple en ambos sentidos.

Desde nuestro hogar, si caminamos en dirección a la desembocadura del río puede distinguirse la casa de la que hablaba anteriormente —la de Don Teudo—, que nos mira desde lo alto como si fuésemos hormigas correteando a todas partes y a ninguna. Se distingue lo gris de las placas de pizarra, el tejado en dos puntas, la fachada limpia y sola en mitad de todo. El huerto circundante y el caminito que baja parecen meros espectadores,

como todos nosotros, porque, de hecho —el caminito— si bien nada evita que se ascienda por él, parece ser únicamente de bajada, como si fuese un aliviadero. Quizás, por él descienden todas las miserias de la familia y ese detalle hace que la casa luzca como luce. Se ven covachas aisladas aquí y allá, que se sostienen por misericordia, pero se obvian ante lo imponente que resulta la morada que mira a Luarca desde lo alto. Cuando camino hacia la lancha, faneo o regreso a puerto, no puedo evitar mirarla con cierto anhelo. Dios, este dios relativamente nuevo, reparte y dispone con un juicio que no entiendo por más que lo intento.

Alguna mirada de vecino se cuele en nuestra casa mientras regresa a la suya o baja a puerto. Todavía se distingue el rictus contrito tras el último ataque, pero, en estos tiempos —y supongo que en cualquiera— continuar aun con la congoja se convierte en una necesidad, más por motivos de cordura que por mera supervivencia. La primera vez que escuché llorar al niño saludaba a uno de esos vecinos alzando la cabeza, mientras miraba el puerto deshacerse entre la humedad que, cada vez, calaba con más intensidad en los últimos instantes de la tarde. Mi mujer respiraba aliviada después de varias horas y la vecina se afanaba en limpiar al niño, cortar el cordón que aún lo unía a la madre y arrancarlo del abrazo en torno a sus piernas. Rompió a llorar antes de colocarlo en el regazo. El suelo se mostraba como el de una lancha después de limpiar pescado: lleno de sangre y cuajarones a la espera de una primera limpieza por parte de las gaviotas. Una vez que mi mujer se recostó en el lecho con el niño berrando, la vecina se dispuso a limpiarlo todo tal y como hacía cada vez que asistía a un parto. Cogió el pescado como pago por el servicio y se fue sin mirar atrás, satisfecha y con una expresión de amparo y lástima. Dejó el suelo húmedo, pero sin restos biológicos; solos y con uno más en la familia; saciada con los dos chicharros asidos por la cola.

Quedé a solas con ellos dos. Mi mujer respiraba pausada, con una expresión todavía afligida por el esfuerzo. La primera intención fue la de acercarme a abrazarlos, pero el gesto de Isabel me mantuvo a cierta distancia, mirando a ambos con la ternura de un marinero y a la espera de que el retoño calmase su llanto. Me acerqué al lar y me dispuse a calentar la poca agua que quedaba en el aljibe con la intención de hacer una sopa de pescado que la reconfortase tras el esfuerzo. Cebolla, ajo, tres trozos de pescado y laurel. Muy pronto el aroma se extendió por toda la casa y alivió en parte el tufo a humores que había quedado en el ambiente.

Salí a pescar durante todos los días de mi vida excepto aquel en el que mi mujer parió a nuestro primer hijo y aquellos otros que relataré más adelante. Supuse que me correspondía como compañero velar por la seguridad de esa mujer con la que me había casado hacía unos años más por la cercanía de las familias que por amor. Sin embargo, el amor se sostiene a base de sopa y pocas palabras: fue la comida caliente, la mirada comprensiva y el saber estar de Isabel lo que me hacía volver todos los días con el frío en los huesos y un poco de pescado o un puñado de harina con los que alegrarle la cara. Nací en un barco, con mi madre guisando para mi padre y mi tío. La recuerdo contándome que cocía congrio con agua del río cuando salí decidido abriéndome paso y me deslicé por la cubierta antes de que logran cogerme para evitar que me cayese al agua. Me pusieron Alfonso, como el rey¹. Soy luarqués, aunque nací a dos millas de tierra, mientras mi padre y mi tío faenaban frente al Focicón, el cabo donde, en ocasiones, se ve pasear a Don Teudo y a su familia y donde, habitualmente, encienden el fuego para orientar a los barcos rezagados durante la noche. Hasta poco antes de su muerte mi

¹ Se refiere al rey Alfonso II el Casto, rey de Asturias entre los años 791 y 842 d.C. Todas las notas a pie de página son del autor.

padre recordaba que aquel día —el día en que nací— había sido una marea abundante en chipirones y calamares y, todavía es el día de hoy en que los oriundos me conocen como Chipirón dado el apelativo con el que mi padre me dio a conocer nada más regresar a puerto. En Luarca es habitual el apodo familiar y, si bien, en muchas ocasiones, no conocen el nombre con el que te bautizaron, todos saben del remoquete. Por ello me conocen como Fonso, el Chipirón o, simplemente, Chipirón. He dicho que se lo debo a mi padre: en su descargo he de decir que me puso ese apodo cariñoso para acabar de una vez con el mote de su familia y que, por respeto, no incluyo aquí. En realidad, siempre fui de aspecto menudo, pero robusto. Mi padre decía que «no hay buen marinero alto». Supongo que lo decía porque un cuerpo cercano a cubierta mantiene el equilibrio mejor que cualquier otro. Desde aquel día en el que, casi de repente, aparecí en la cubierta del barco que mi padre y mi tío compartían jamás lo he abandonado. Mientras niño, acompañaba a mi madre al puerto a esperarlos, más por la curiosidad de la faena que por un cariño nato. Lo hice todos los días de mi vida, hasta que a los diez años mi padre consideró que mi envergadura ya me permitía asir la vara pequeña y me embarcó con él por vez primera.

Tan solo en una ocasión decidí cambiar mi lancha por uno de los *chalanos*² que se empecinaban en ir tras las ballenas. La tarde en la que lo decidí el aire del puerto estaba cargado con el aroma acre de los despojos. El día anterior había llegado una ballena franca capturada por varios *chalanos* que tuvieron la suerte de encontrarse con un ejemplar de unos diez metros antes de regresar a puerto. Había presenciado la maniobra de despiece, ya que no era habitual la entrada de aquellos ejemplares y la oportunidad de que me tocase alguna pieza de las sobras no era una idea tan descabellada. Mientras veía a aquellos marineros

² En Luarca, en lugar de chalanos se habla de *chalanos*.

despiezar al animal supe que intentaría cazar alguno de ellos. Abrían el lomo con las espadas dejando al aire la carne brillante y escarlata. Las aletas, como siempre, irían para la iglesia; parte del lomo para el señor de la zona; el resto del lomo se lo repartirían los arponeros y el timonel. La demás carne para los bogadores. Las barbas a partes iguales como hilos y muelles para coser y otros menesteres. Los huesos para trueque con los constructores. El tocino se lo llevaban las mujeres —con el fin de convertirlo en grasa— que lo cocerían casi de inmediato con la idea de llenar los toneles que esperaban en una zona próxima del puerto. Fue el aroma acre del que antes hablaba el que me dio el último impulso para decidirme. La ilusión era la de un niño pequeño ante un nuevo juguete. Imaginarme ante un animal de aquellas características era algo que siempre había soñado, además de poder hacerme con un ejemplar que me permitiese comer y comerciar durante varias semanas o meses. En realidad, era el sueño de todo vecino, pero no todos tenían las agallas o la estupidez suficiente para embarcarse. El *chalano* del grupo en que me enrolé estaba reforzado con madera extra a lo largo de toda su longitud, para aceptar las posibles embestidas de la tan temida cola del animal. Los toletes, a su vez, estaban protegidos con trozos de metal que, en caso de impacto, permitirían continuar las remadas con las que mantener a flote la lancha durante la huida. Olía a resina y a fluidos varios. Tenía el aroma metálico de la sangre impregnado en la madera y ni las continuas ráfagas del bóreas consiguieron hacernos desistir. Nos embarcamos con la mirada encendida de la avaricia y regresamos con los ojos oscurecidos. Si bien el viento dificultaba la visibilidad y las maniobras, pronto el timonel vio a una pareja de ejemplares a media milla mar adentro. Desde nuestra posición parecían diminutos, moviéndose con una ligereza grácil que no hacía presagiar el modo en que unos colosos como aquellos podrían defenderse. Quizá fue

la insensatez de la juventud y la avaricia, pero dirigimos la proa hacia ellos con un arrobo que recordaba al de los sacerdotes durante los castigos. Remamos con una fruición enfermiza, corrigiendo el rumbo en función de los cambios en la dirección de los animales. En lugar de la pareja avistada previamente, asomaron los lomos de un número impreciso de ballenas—quizás cuatro, quizás cinco, quizás una docena. Tal fue la impresión que nos produjo su visión que no acertamos a calcular el número exacto. Parecían jugar entre ellos, sacando su cuerpo del agua y salpicando en todas direcciones arco iris que el viento movía de forma caprichosa. Lo recuerdo tan bonito como atrayente. Bonito por los colores que envolvían a los animales y atrayente por la cantidad de lomos que asomaban, como si quisiesen ofrecernos el blanco fácil. Pronto los tuvimos a unas decenas de metros. Nuestra presencia apenas perturbaba su comportamiento, nada les hacía presagiar nuestras intenciones. Supuse que era la primera vez que se cruzaban con seres humanos y de ahí la confianza que parecían depositar en nosotros. En concreto hubo uno —los más experimentados aseguraron que era una cría debido al tamaño— que se nos acercó de un modo que podría juzgarse de poco prudente, sacando la cabeza fuera del agua y mirándonos con su ojo húmedo e inteligente. Sin embargo, nadie arponeó aquella cría que apenas medía unos seis metros de longitud. Buscábamos un ejemplar adulto, repleto de grasa, barbas, carne y de las callosidades que después vería más de cerca. Se acercó un ejemplar de unos diez metros que creíamos era el padre: supuse que la razón de su acercamiento era corregir la curiosidad de aquella cría. Escuché un «aquella no; es una hembra» lejano y que parecía salir de la misma superficie del agua. En principio, dada mi poca experiencia en aquella labor, me pregunté el por qué, pero luego caí en la cuenta de que no era porque tenían mayor o menor cantidad de carne, mayor o menor

cantidad de barbas y grasa, sino para asegurar futuras crías con las que seguir llenando barriles y estómagos hambrientos. No era una cuestión de consideración, sino de pragmatismo. Dada la posición del supuesto padre tan solo conseguí ver un lateral cargado de callosidades sobre el que se mantenían adheridas las *chámparas*³ y otros moluscos que tenían la suerte de poder viajar sobre aquel animal sin incomodarle lo más mínimo. Con una serie de maniobras que parecían ensayadas de antemano —nos dejamos llevar tanto por el instinto como por las indicaciones de los marineros más experimentados— pusimos el *chalano* casi lateral al animal de forma que tanto nuestra proa como su cabeza se dirigiesen en la misma dirección. El primer arponero se alzó sobre la proa con el brazo en alto y lanzó con decisión el arpón de tres puntas que tenía una calavera grabada en la madera, cerca de la posición donde mantuvo la mano derecha antes de soltarlo, junto a una serie de muescas que luego supe indicaban el número de ballenas cazadas con aquel utensilio. Un siseo se alzó en el aire y las puntas penetraron en el lomo como si lo hiciese en un trozo de mantequilla. Vi desenrollarse la primera vuelta de la cuerda que manteníamos a nuestros pies. Parecía una serpiente a finales del invierno: quieta, húmeda, pero pronta a despertarse. El animal no se movió hasta pasados unos instantes, como si hubiese necesitado unos segundos para recibir el impacto del dolor en su cerebro que es el verdadero punto en el que, según he escuchado al curandero del pueblo, se recibe el dolor y no, como creemos, en el miembro malherido. El animal dio un coletazo desesperado con el que consiguió alejar a la cría de la agresión. El grupo entero de cetáceos se dispersó por los alrededores, huyendo y sumergiéndose hasta profundidades seguras, maldiciendo, sin duda, la confianza que habían tenido

³ Molusco habitual en las costas asturianas, también conocido como *llámpara* (*Patella vulgata*) o lapa común.

con aquellos seres desconocidos. Lo que en mi imaginación creí que serían coletazos y bandazos tras el primer pinchazo se transformó en una sacudida soportable que tan solo hizo tambalear el *chalano* por el vaivén del agua. Todos coreamos aquel acierto del arponero, en primer lugar, con vítores y gritos que competían con los de las gaviotas que circundaban el bote esperando su momento y, en segundo lugar, con miradas encendidas que valoraron en silencio el acierto. Aquel coletazo pronto se convirtió en una huida desesperada hacia las profundidades. Todos temimos lo peor, pero la tranquilidad con la que parecían enfrentarse los marineros más experimentados nos calmaba y conseguía centrarnos en la tarea. La maroma se desenrollaba a una velocidad inimaginable. El sonido de aquella cuerda imprimía una tensión en el ambiente que nada tenía que ver con la sensación con la que habíamos partido de puerto. Se acercaba más al miedo que a la ilusión de la captura. Quien haya navegado en alguna ocasión en condiciones difíciles —con bajos, con marejada o con saqueadores— sabrá que apenas hay tiempo para los lamentos: se debe navegar con una continua sensación de alerta. Tal era el caso de todos nosotros. Nos manteníamos alerta tanto por la posibilidad de ser hundidos en las profundidades arrastrados por aquel coloso como por la ilusión con la que dar fin a la captura y conseguir la pieza. Pude ver cómo unos trozos de madera eran lanzados al agua atados a la cuerda principal con el fin de que actuasen de flotadores con los que hacer frente a la ballena. «Son ballenas francas» gritó alguien. «Nada lenta, pero es un buen ejemplar. Pronto saldrá de nuevo. Segundo arpón a proa». Todos los demás continuábamos remando para seguir a flote y no alejarnos demasiado de la supuesta zona de ascenso. Gritos guturales salían de nuestras gargantas con el fin de darnos ánimos y remar con una determinada cadencia. El timonel también gritaba continuamente

órdenes que llegaron a ser ininteligibles para mí. Estaba demasiado concentrado en mantener la remada y la compostura. Más que escucharlo, seguía los movimientos de mis compañeros. Los flotadores seguían lanzándose a la superficie con el fin de cansar al animal. Además de los maderos se lanzaron varios toneles que no recuerdo haberlos visto dispuestos sobre el chalano. De pronto el cetáceo salió de nuevo a respirar y con la orden de «a estribor» el chalano viró de repente hacia el animal con el segundo arponero en la proa. Lanzó el arma desde una posición más alejada de la que lo había hecho el primero, pero alcanzó el lomo del animal cerca del anterior pinchazo. Me pareció oír un grito desesperado, pero se confundió con los nuevos alaridos de la tripulación tras el acierto. Vimos hundirse de nuevo al animal seguido por la nueva maroma. Otra vez la celeridad al desenrollarse, en aquella ocasión quizás ligeramente más lenta, y de nuevo los maderos y los toneles a modo de flotadores. Poco a poco, tras recorrer varias millas enganchados al animal, comprobamos cómo se había debilitado, el ímpetu con el que nos había impulsado inicialmente fue decreciendo poco a poco hasta convertirse en un empuje mínimo, como si tuviésemos remeros bogando en sentido contrario al nuestro. Sentí cierta lástima al considerarlo allí atado, sentirlo arrebatado a su familia, pero esa lástima duró lo que tarda un suspiro al imaginar su carne tersa sobre la mesa y un tonel de aceite repleto de posibilidades. Ayudé a los marineros a atraerla hacia la lancha para atarla convenientemente antes de regresar a puerto. El cuerpo inerte se dejaba arrastrar únicamente con la resistencia de su propio peso; había dejado de luchar por salvar su vida al saberse atravesada y desangrada por los garapullos. Muy pronto apareció la marca en la maroma que indicaba la proximidad del cuerpo del animal. Tras varios minutos de arrastre, pudimos ver su silueta oscura a pocos metros de profundidad. Giraba

débilmente sobre sí misma llevada por la corriente y la ansiedad de nuestro empaque por atraerla hacia nosotros crecía por momentos. Me resultó imponente. Una cosa había sido verla nadar a su antojo y otra arrastrar todo su peso hacia nosotros. El coloso que había juzgado inicialmente resultaba ser inmenso, de otro mundo. La atraíamos hacia nosotros con el fin de atarla al chalano antes de coserle la boca para evitar que se llenase de agua. Cuando ya nos habíamos confiado considerándola inerte o, al menos, sin fuerzas para suponer algún movimiento más, cuando apenas estaba a unos cinco metros de la lancha, levantó la cola en un último intento por zafarse de las líneas y la estampó contra el lado de estribor en el que me encontraba remando. La imagen de aquella cola inmensa y llena de cicatrices goteando sobre nosotros se quedó grabada en mi memoria hasta el día de hoy. No recuerdo nada más que aquella cola alzada al trasluz hasta que desperté en mi casa, tumbado y dolorido a las pocas horas. Sentí un pavor inmenso al verme allí tendido, sin poder mover las piernas, con una congoja que no hacía sino aumentar la sensación de desamparo. Descubrí a Isabel —la que años después se convirtió en mi mujer— consolándome por la situación en la que me encontraba.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con una sensación absoluta de desconcierto.

—La ballena os ha alcanzado con la cola —respondió con una voz calma, que servía tanto para calmarme a mí como para calmarse ella—. El marinero que tenías al lado ha muerto y tú te has salvado de milagro.

—No siento las piernas en su sitio —dije con una pesadumbre que hizo me perdiese en la claridad de la ventana por la que deseaba escapar volando.

—Te ha dado un golpe, pero has tenido la suerte de caer fuera del *chalano* sin recibir el impacto de lleno —informó—. Todos dicen que te recuperarás, pero te llevará tiempo.

La conversación la recuerdo tan nítida como si la estuviera escuchando en este mismo instante. Aquel sentimiento de desamparo y a la vez de agradecimiento por tener un mínimo de compañía se abrió paso entre el ambiente cargado de aquel huequecito que hacía las veces de dormitorio. Sin duda, mi padre había salido a faenar y mi madre estaría haciendo algún trueque en algún punto del pueblo con otra vecina que necesitase pescado del día anterior. La sensación de verme allí postrado sin saber acerca de la posibilidad de volver a caminar era algo que me desconsolaba de una forma que jamás volví a experimentar. Rompí a llorar bajo la mirada comprensiva de Isabel. Bastó un simple «te recuperarás» para tranquilizarme y recuperar la compostura. Me ofreció un poco de compota de manzana. «Come. Debes recuperar fuerzas». Comí y volví a dormirme. La recuperación duró varias semanas, pero con la confianza que depositaron en mí tanto mis padres como Isabel, conseguí andar con una cojera que creímos permanente. Sin embargo, aunque en los días que anuncian cambio de tiempo todavía acuso el vaivén, fue desapareciendo poco a poco hasta poder caminar casi con total normalidad en apenas unos meses. En cuanto pude regresé a la faena, pero dedicándome a la pesca más segura a la que me había dedicado desde niño. Tuve claro que jamás volvería a embarcarme en una locura como aquella. Los colosos en el mar o en manos de insensatos. Reconozco que sopesé la posibilidad de volver a embarcarme cuando vi el trozo de carne y el barril de grasa que me correspondía, pero una reflexión más pausada me

hizo considerar que la carne de los *muiles*⁴ podría ser una buena sustituta en caso de hambre.

Así como aprendí a respetar a mi hijo por las maneras que mi padre había tenido conmigo, aprendí a respetar a los piratas a través de su voz calma. No a aceptarlos, sino a respetarlos. Con su voz queda, aunque quebrada, cada vez que en el horizonte veía un barco desconocido lo tildaba de pirata o de *caza-muégaros*⁵. La silueta de lo que eran los *drakkar*⁶ vikingos o lo que supe después que eran las chalupas moriscas se convirtieron para mí en un elemento más del paisaje, algo parecido a un animal salvaje al que no hay que molestar si no se desean represalias. Al menos así lo recuerdo cuando hago regresar a mi memoria al niño que fui. Si bien la memoria tiene la mala costumbre de hurgarse la nariz y sacar de nuevo la basura al exterior, a ese recuerdo en concreto le tengo algo parecido al cariño. Así lo interpreté a través de la mirada tranquila, aunque inquieta de mi padre, cuando los veía aparecer desde el Norte con rumbo Oeste. «Podían venir y llevarse la miseria, al menos, esos bastardos» bramaba cuando se cansaba de llamarlos «*caza-muégaros*, *comealgas* o *follaballenas*». Aunque me contó, en las innumerables jornadas que le acompañé durante las que se afanaba por enseñarme el oficio, que Luarca ya había sufrido algún ataque, lo que mi padre nunca supo fue que su propio hijo se vería envuelto en la emboscada que Don Teudo y varios marineros con sus barcas y *chalanos* desvincijados tendieron a uno de aquellos piratas cuyo nombre, sin duda, pasará a la historia.

⁴ Pez habitual en las costas asturianas, también conocido como mújol o lisa (*Mugil cephalus*).

⁵ Hace referencia a los *muégaros*, peces con poco valor comercial.

⁶ Barco tradicional vikingo impulsado por vela y remos.

En ocasiones se ven siluetas en el horizonte que tanto pueden tratarse de barcos de pesca en busca de algún banco esquivo como de piratas y no podemos evitar esconder cierta congoja ante lo que podría ser una acechanza más a otro pueblo marinerero que aparece al paso de estos últimos. Los bárbaros desde el norte o, desde hace relativamente poco tiempo, los moros desde el sur, no saben saciar su sed con aquello que dios interpuso en su camino. Quizás sus dioses así se lo indican, quizás alguna fuerza mayor inconcebible por nuestras mentes cristianas les invita a saquear, vaciar y arrasarlo después todo aquello que aparece en su camino. En varias ocasiones he visto huir asustados río arriba a las vecinas y niños cuando alguna flota desconocida se aproximaba más de lo habitual a la costa, mientras nosotros esperamos emboscados en los escondites naturales del pueblo a que desembarquen en las orillas del oeste o entren directamente en el puerto con la intención de ascender por el río al que llamamos Negro.